Narraciones populares

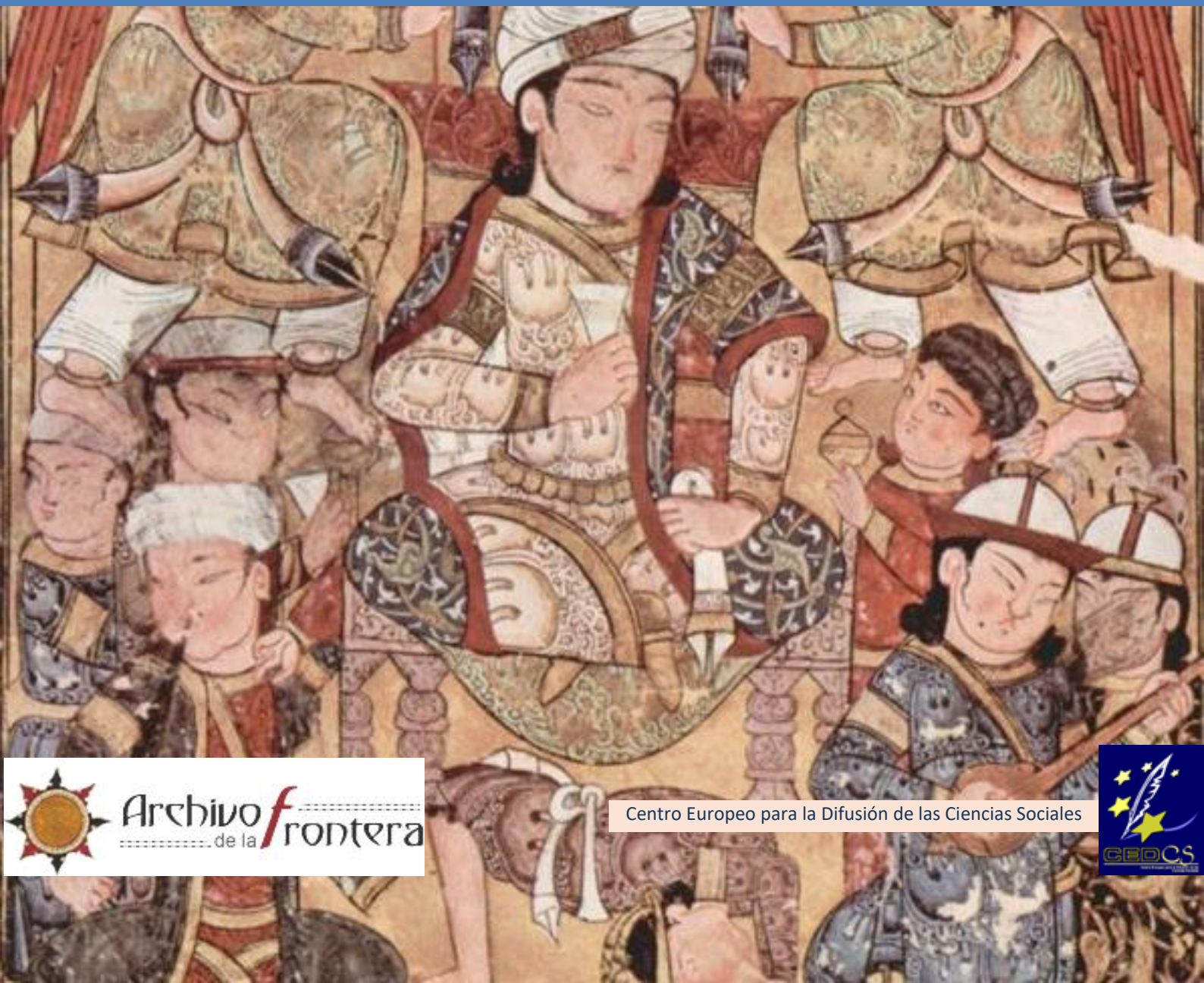
E-LIBROS
COLECCIÓN VIAJES

“Andanzas y aventuras del emir Baïbars y su fiel escudero Flor de Truhanes”

III – LOS BAJOS FONDOS DEL CAIRO

42 – En la boca del lobo

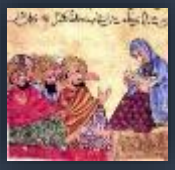
Edición y traducción: Esmeralda de Luis



Archivo de la frontera

Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales

CEDCS



Relatos de la "Sīrat al-thāhir Baïbars"

III – Los Bajos Fondos del Cairo

42 – En la boca del lobo

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2018
Número de páginas: 9
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

42 – En la boca del lobo

Y… mientras los bailes y los festejos continuaban con general alegría en el campamento de Jidr, el emir Baïbars llegó con sus hombres. Colocó a unos cuantos en torno a la jaima de Jidr, preparados para intervenir en cualquier momento, y él, entró, acompañado de los dos Saqr, y los palafreneros de Otmân.

Jidr estaba sentado en el sitio de honor; parecía un búfalo rabioso: una cabeza gorda como un caldero; napias feroces, como las de un burro; unos ojos grandes, rojizos e iracundos, y un aspecto altanero y arrogante. Estaba rodeado de sus cuarenta lugartenientes, casi tan enormes como él: aquello parecía una reunión de gigantes.

Al tomar a Baïbars por un emir beduino, le dieron una calurosa acogida, y le acomodaron en primera fila, con los otros emires, flanqueado de los dos Saqr; Otmân y sus ochenta truhanes se instalaron detrás de él. Se saludaron al estilo beduino, y respondieron con la misma jerga[1]. Al echar una ojeada al exterior, vio todos los caballos de Jidr, ensillados y con las bridas puestas, y entre ellos, reconoció su propio caballo, junto con las monturas de los dos Saqr.

Llegó la hora de la cena y se sirvió la comida. Comieron con buen apetito, se lavaron las manos y tomaron café. Mientras, la noche había caído y se encendieron las antorchas, porque ya se disponía de aceite y de nafta. Baïbars vio tal cantidad de beduinos, llegados de tan diferentes tribus, que sólo El que las había creado hubiera sido capaz de reconocerlas; la estepa bullía de beduinos. Y Baïbars confió su suerte al Rey de la Justicia.

- ¡Llamadme a esa maldita perra de bayadera –ladró Jidr el-Buhayri-, y que empiece el espectáculo!

Fueron a buscar a Hayích, que llegó acompañada por sus bailarinas y por Mohammad Ibn El-Kâmel. Hayích fue a besarle la mano.

- ¡Baila, maldita, que esta noche quiero pasármela en grande! Mis lugartenientes y yo te vamos a dar un buen *bajshish*[2]; vas a reunir hoy una buena suma.

[1] Los beduinos de esta saga hablan una lengua muy especial y diferenciada de la de los otros personajes; tanto por el vocabulario, como por la pronunciación. Esta peculiaridad no se deja ver en la traducción, pues no sabría encontrar una fórmula parecida en alguna jerga o forma dialectal del español.
[2] Propina.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- ¡Duuuuh[1]! –gritaba Jidr-. Yo soy el sultán, yo, el gobernador. Toda la tierra es mía, a lo ancho y a lo largo. ¿Dónde está ese maloliente de Baïbars, para darle por el culo, a él y a todo su ejército? Yo soy Abu Jazma; yo soy Abu Jadra.

- Joer, soldao –le susurró Otmân a Baïbars-, éste es entavía más cabrón qu'el Muqallad y más hijo puta qu'el sheij Hasan; ¡menúo tipejo! ¡Qu'el buen Dios t'haga triunfar! ¡Vaya capullo!

Y el narrador prosiguió de este modo su relato…

A la par que los bailes se sucedían, Baïbars se volvía de vez en cuando hacia Otmân y sus palafreneros. En un momento dado, se dio cuenta de que habían desaparecido. Muy poco después, volvieron unos cuantos, mientras los otros se quedaban afuera. Al cabo de cierto tiempo, volvieron a salir los que estaban adentro, y a entrar los que se habían quedado fuera. En fin, que no hacían más que entrar y salir. Después de cuatro o cinco veces de repetirse estos tejemanejes, Baïbars acabó por extrañarse.

- ¿Adónde váis? –le murmuró a Otmân.

- Tenemos cagalera.

- Pero ¿qué andáis haciendo esta noche?

- Colega, es la carne camello, que te retuerce las tripas. He comío tanto que me duele la barriga.

- ¿Y a todo el mundo le pasa lo mismo?

- Pues sí, hemos papeao hasta reventar la panza.

- ¡Así os lleve la peste! –estalló Baïbars-. Pero ¿es que sóis idiotas, o qué? ¿Es que no habéis visto nada en vuestra vida? ¡Cuando uno no está acostumbrado a una comida, hay que tener cuidado!

Y el narrador prosiguió…

En realidad, no era verdad lo que le había contado Otmân. No andaban saliendo para hacer sus necesidades; se trataba de una estratagema urdida por Otmân. Y es que cuando vio los caballos de Jidr, atados en torno al pabellón; decidió jugarle una mala pasada, para así distinguirse ante Baïbars. Y como estaba seguro de que el combate se desarrollaría esa misma noche, les dijo a los palafreneros:

[1] Interjección considerada como típica de la manera de hablar de los beduinos.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Vamos, mis valientes, seguirme, que sus voy a enseñar un truco.

- ¿De qué va la cosa?

- Vamos a sabotear los jacos a esos chalaos; asín los enculaos no podrán llevárselos y decir qu'Otmân y sus valientes sólo valen pa llenarse la panza.

- ¿Y cómo lo hacemos?

- Venir conmigo, sus voy a enseñar; pero no tos a la vez, tién que quedar siempre algunos con el soldao.

Se llevó a unos cuantos; se acercaron con Otmân a los caballos; cortaron las cinchas, los estribos y las bridas, y ataron las monturas unas a otras por la cola. Luego mandó a los hombres al interior, y salieron los siguientes, continuando con esta operación. Otmân, de vez en cuando hacía acto de presencia junto a Baïbars, para que no se percatase. Y cada vez que Baïbars le preguntaba, él le respondía:

- ¡Me fui a cagar! Mierda carne camello, m'está matando.

Hayích y sus chicas aún bailaron durante mucho tiempo. Y cuando estuvieron agotadas por completo, Hayích gritó:

- '¡Por tu buen corazón, sultán del desierto, señor de la fiesta, emir Jidr el-Buhayri! ¡Tú, cuya generosidad no conoce límites, tú, que derrotas a tus enemigos! ¡Sable empuñado sobre la cabeza del que te desafía! ¡Honor de las tribus, dechado de virtudes!

Hayích hizo tal elogio y alabó tanto su generosidad que, a su lado, la mar no era más que una fuentecilla en el hueco de sus manos. El Jidr se quitó su bonete y la *keffieh*[1]. Y Satanás le insufló en su corazón un orgullo desmedido, y comenzó a sacar pecho sin mesura alguna.

- ¡Ven aquí, bayadera! –berreó.

Hayích se acercó y tendió su pandereta. El Jidr sacó de su cinturón un portamonedas de cuero; lo sacudió un momento y sólo salieron cuatro míseras y roñosas monedas, que arrojó tirunfalmente sobre la pandereta. Hayích iba a pasar al siguiente, pero Jidr la paró en seco:

- ¡Qué pasa, perra! ¿no gritas *shâbâsh*[2]?

[1] Tocado beduino que consiste en una especie de pañoleta que cubre la cabeza. Ver imagen en https://www.google.es/search?biw=1920&bih=949&tbm=isch&q=kufiyya&sa=X&ved=0ahUKEwit7ZLIndnWAhXKblAKHQ3GB-MQhyYIJQ#imgrc=Cnk6TxczEGM2ZM:

[2] Exclamación con la que un artista acoge los donativos muy generosos.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Shâbâsh –repitió Hayích sin una gota de entusiasmo.

- ¡Que Dios maldiga tu carroña! ¡Así no se dice!

Y Jidr comenzó a berrear: "¡*Shâbâsh*, oh, Jidr El-Buhayri! ¡Tú, que vas a cargarte a ese maricón de Baïbars, al jefe del distrito de Mahalla!"

Otmân que en ese momento justo se encontraba allí, lo oyó y le susurró a Baïbars:

- No'stá na mal, soldao, ¿t'has oído eso? ¡La Berza[1] tratándote d'enculao, ese cabrón! ¡Por el Secreto la Dama, más te vale rebanarle el pescuezo a toa leche, o yo t'empiezo a llamar el enculao pa toa la vida, colegueta!

- ¡Paciencia, cada cosa a su tiempo!

Hayích pasó la gorra a todos los beduinos. Unos le dieron un *para*[2]; otros, dos y medio. Recogió todo y, como mucho, no llegó a sacar más allá de unos treinta paras, y eso que, desde el comienzo de los festejos, esa era la primera vez que hacía la ronda para recoger los donativos. Profundamente vejada, y con cara de pocos amigos, dejó de mover las caderas y de pasar la pandera. En ese momento, Baïbars la llamó:

- ¡Ven aquí, bonita!

- ¡Se acabó! –respondió Hayích enfadada-, ¡ya he recogido "la gran fortuna"!

Y es que le tomó por un emir beduino.

- *Kâl bora*[3] –prosiguió Baïbars, en turco.

Al oir hablar en turco, Hayích se aproximó.

- Eh, eh, Hayích, despierta –le susurró Otmân-, éste no es un duinobé[4], es el soldao Nénars; el capo el destrito e Mahalla.

Ella lo miró fijamente, y para su gran sorpresa, lo reconoció.

- Te saludo mil y una vez, soldado –murmuró Hayích, toda temblorosa- por el Profeta, tú sí que eres buena gente, y me haces un gran honor; estoy a tu merced.

- ¿Por qué te conduces de ese modo con el pobre de Mohammad Ibn El-Kâmel? En fin, este no es lugar ni momento para reproches, ya hablaremos más tarde.

---

[1] Juego de palabras de Otmân sobre *Jidr*, porque la raíz *jdr* en árabe, significa "verdura", "berza".
[2] Equivalente a la calderilla de poco valor.
[3] En turco "ven aquí".
[4] Otmân vuelve a jugar con las palabras, y en lugar de decir "beduino", dice "duinobé"

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Señor, lo que hice, hecho está, y eso no tiene ya vuelta de hoja.

Baïbars sacó una bolsa llena de monedas de oro y la volcó sobre el pandero, llenándolo hasta la mitad.

- Ahora, vas a gritar: "¡*Shâbâsh*, oh, Algarada, hijo de la Emboscada!"

- ¡*Shâbâsh*, oh, Algarada; hijo de la Emboscada! –gritó Hayích a pleno pulmón.

- ¡*Tuuu*! ¿Qué nombre es ese? –preguntó Jidr El-Buhayri-. ¡Por el sheij Abu Abed; eso me preocupa!

- No te preocupes –le dijeron sus lugartenientes–, debe ser uno de esos emires que vienen del desierto profundo. Y ya sabes que los beduinos dan a sus hijos todo tipo de nombres raros[1], por aquello de que así les dan buena suerte.

Mientras tanto, otra conversación se desarrollaba en voz baja, entre Baïbars y Otmân:

- Soldao –dijo Otmân-, por el Profeta, dame unas cuantas *amarillejas*[2].

- ¿Para qué?

- ¡Anda! ¡y a ti qué te importa! ¡Las necesito, y punto! ¿Es que siempre me tiés que preguntar por qu'esto y por qué l'otro?

Baïbars le dio unas cuantas monedas de oro.

- ¡Eh, ven p'acá Hayích, aquí tiés un *bajshish* que no es un *shish*!

Y arrojando las monedas sobre la pandera, la susurró:

- Por el Profeta, ahora vas a gritar: "¡Por el Estrangulaor, hijo el Mataor!"

- ¡*Tuuu*, eh, tribu, me pitan las orejas –exclamó Jidr.

- Emir –respondieron sus lugartenientes-, es tu noche de bodas. Estás rodeado de tus emires, venidos de todas partes; la mayoría, de tierras lejanas, y no conocemos sus nombres.

A continuación, fue Saqr El-Lawlabi, el que, poniendo otra moneda, dijo a Hayích:

- Anda, Hayích, grita: "¡Oh! ¡Por el Asesino, hijo del Destripador!"

[1] Los nombres de los beduinos, en general son muy diferentes de los de los sedentarios. Con frecuencia pertenecen a un fondo arcaico anterior al Islam.
[2] Otmân se refiere a "monedas de oro" (redondas y de color amarillo)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Luego fue el turno de Saqr El-Hayyâm, que la hizo gritar:

- ¡Oh! ¡Por el Pendenciero, hijo del Vencedor!

Uno tras otro, los hombres de Baïbars hicieron gritar a Hayích títulos de esa índole y aún peor, hasta que la pandera rebosó de oro.

- Eh, tribu –dijo Jidr El-Buhayri-, no estoy nada tranquilo. Tengo miedo de que el sueño que tuve ayer se convierta en realidad.

- Emir, cuéntanoslo, y ya verás como todo saldrá mejor.

- Esto me está dando mala espina, por el sheij Abu Abed[1]. ¡Ay, tribu! Yo me veía sentado en mi pabellón. Vosotros estabais alrededor, y la fiesta en su máximo apogeo, cuando, de golpe, un enorme león, escoltado por tigres, cayó sobre mi campamento; dispersó a mis hombres y puso en fuga a mis invitados. Yo me levanté, blandiendo mi sable, pero el león, clavándome garras y colmillos en mi cuerpo, me devoró. Entonces, yo me desperté temblando y aterrorizado.

- Eso no es un presagio, oh, emir. ¡Aparta al demonio y los malos pensamientos; todo eso te pasa por haber comido demasiado!

- Tengo miedo de que me suceda lo que vi en ese sueño; que el león sea ese maloliente de Baïbars, que los tigres sean su ejército, que se lancen sobre el campamento y nos barran de improviso.

- *Tuuuuu*. ¿acaso crees que tus lugartenientes van a tener miedo de ese fanfarrón y sus chulillos? ¡Oh, bienamado! *Duuuu*; yo soy Abu Marrîsh; soy yo, Râ'î Awîsh –farfullaron.

- Voy a recurrir a otro presagio para saber si me van a vencer, o yo seré el vencedor. Haced venir a Hayích. Acércate, bayadera –le dijo cuando ella se presentó-. Quiero que representes con tus danzarinas una batalla entre un ejército de destripaterrones y otro de beduinos, para ver quién sale vencedor.

- Con mucho gusto.

Y se fue a su jaima para prepararse con sus muchachas, cuando Baïbars la llamó:

- ¡Acércate! Vas a vestir a la mitad de tus bailarinas como si fueran mamelucos, y a la otra mitad, de beduinos; vas a poner como jefe de cada ejército a dos de tus mejores danzarinas. A la primera, la llamarás Baïbars, y a la segunda, Jidr El-Buhayri. Ellas simularán una batalla; vencerán los mamelucos, y Baïbars matará a Jidr El-Buhayri.

- ¡Piedad, señor, Jidr me castigará!

[1] Se trata de un santo intercesor, venerado sobre todo por los beduinos de Egipto.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- ¡Basta ya de tonterías! Aquí estoy yo, y tú no tienes nada que temer, Hayích. Por la vida de nuestro señor, el rey El-Sâleh, ¡como no hagas lo que te he dicho, te corto la cabeza!

- ¡Entonces, lo haré con mucho gusto y gracias por el honor que me haces! –respondió Hayích, un tanto inquieta.

FIN

Próximo episodio...

43 – La danza de la muerte

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6